

Prefacio

¿Qué sería de Charles si ella desapareciera? ¿Cómo era posible que de un instante al siguiente sus vidas pudiesen derrumbarse por completo?

Movía las manos con nerviosismo, mientras su cabeza daba vueltas a las mismas ideas sin parar. Llevaba cerca de media hora, sentada sola en aquella sala de interrogatorios tan gris, cuando por fin entró uno de los agentes.

—Buenas tardes, señora Atkins. —Cerró la puerta tras de sí.

—Buenas tardes.

Su voz sonaba quebradiza y su expresión era nerviosa. Temblaba. Mervyn se sentó ante ella y abrió el informe. Luego se aclaró la garganta y subió la mirada para observarla.

—Soy el agente especial al mando Robert Mervyn —dijo presentándose—. Quisiera hacerle algunas preguntas referentes al asesinato de su vecina, la señora Norton.

La señora Atkins asintió. Su mano se alzó para estrechar la cruz que llevaba colgando del cuello. Mervyn la miró intentando leer el lenguaje corporal. Tenía un aspecto bastante demacrado. El pelo rizado y desordenado, la ropa arrugada y las uñas mordidas.

—¿Hace cuánto que vive en su casa, señora Atkins?

—Desde hace... —tragó saliva— nueve años.

Mervyn asintió.

—¿Qué relación la unía con la señora Norton?

—No teníamos demasiada relación. No salgo mucho... y no me veo con nadie.

—Pero eran vecinas. Supongo que hablaban de sus cosas cuando se encontraban en la calle o se prestaban algo de sal.

La señora Atkins negó con la cabeza. Pareció apretar la mandíbula antes de contestar.

—Eso lo hacía con los otros vecinos. La señora Norton era muy sociable. Yo... Yo no salgo mucho... y no me veo con nadie.

—¿A qué se dedica?

—Soy telefonista en un “call center”.

Mervyn volvió a asentir.

—¿Vive sola, señora Atkins?

Negó lentamente con la cabeza.

—No. Vivo con mi hijo.

Él revisó el informe.

—¿Y su marido? —preguntó mientras seguía buscando los papeles que necesitaba.

—Estamos divorciados. —Iba desviando la mirada cada pocos segundos, volviendo la vista de vez en cuando hacía sus manos—. Yo vivo sola con mi hijo Charles. Es un buen chico... Ayer cumplió ocho años.

Mervyn asintió mientras cogía una de las hojas.

—Señora Atkins, veo que tiene tres denuncias en los últimos dos años.

Ella lo confirmó moviendo la cabeza con lentitud.

—Así es.

—¿Le importa explicármelas?

Pareció más nerviosa todavía.

—Me denunciaron tres vecinos por actos de los que acusaron a mi hijo. Pero mi hijo no había hecho nada. Una asistente social estuvo durante un mes viniendo a mi casa y decidió que Charles estaba en buenas manos.

Mervyn lo ratificó leyendo los informes.

—Su vecina, la señora Norton, dijo que vio a su hijo en el jardín comunitario ahogando a su gato, “empujándolo hacia abajo con un palo” —leyó la declaración exacta de la señora Norton.

La señora Atkins abrió los ojos con espanto. Luego apretó el crucifijo.

—Oh Dios mío...

—Sin duda estas acusaciones le sonarán familiares.

Ella asintió.

—Pero mi hijo no lo hizo. Él me dijo que no lo hizo... y yo creo a mi hijo, agente.

—No estoy aquí por sus antiguos cargos, señora Atkins. Solamente por el asesinato de la señora Norton. ¿Discutieron cuando ella acusó a su hijo?

—Sí... La señora Norton quería mucho a su gato y tenía que culpar a alguien.

—Fue la tercera denuncia que recibió —continuó Mervyn consultando otros dos informes—, tras la del señor Borton y la de la señora Murg. Ambas denuncias acusaron a su hijo de incendiar pájaros en los buzones de correo, y tras ese suceso enviaron a una asistente social a inspeccionar su hogar. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es. Pero mi hijo no hizo esas cosas de las que lo acusaron. Hay mucho vandalismo en nuestro barrio... y los buzones están fuera, en el portal.

—Supongo entonces, que se enfadó cuando recibió la tercera denuncia. —La señora Atkins subió la mirada, alertada—. Ya que no era la primera y los servicios sociales ya habían dudado de su capacidad para la maternidad.

—No. No me enfadé... —murmuró con rapidez—. Yo sé que mi hijo no lo ha hecho... Mi hijo es incapaz de eso —dijo mirando fijamente a la mesa.

—Señora Atkins. Ahora mismo es sospechosa de asesinato. —Ella volvió a subir la mirada, completamente asustada—. Será mejor que me diga algo que me convenza de lo contrario. Ahora mismo creo que usted silenció a la señora Norton antes de que pudiese poner otra denuncia, porque tiene miedo de que los servicios sociales se lleven a su hijo.

La señora Atkins volvió a coger la cruz de su colgante con fuerza.

—Yo llevo una vida tranquila, agente... No salgo... No me veo con nadie. Solo trabajo y estoy por mi hijo.

Mervyn asintió pensativo. Se quedó en silencio durante unos segundos más y entonces se levantó tan de repente que ella, asustándose, se reclinó rápidamente contra su asiento.

—Quisiera que viera un video, señora Atkins.

Apretó el botón de encendido en el monitor del televisor, que hasta entonces había mantenido la pantalla negra y fue rebobinando hasta encontrar lo que quería mostrarle. La señora Atkins le había observado durante todo el proceso y, cuando finalmente pudo identificar al hombre que salía en la grabación, hundió el pecho y suspiró preocupada.

—Interrogamos a su exmarido esta mañana —informó Mervyn.

Paró la cinta antes del inicio y apretó el play.

—Eso está claro, señor Madoc —decía el agente Mervyn al hombre que tenía enfrente. Su voz sonaba distinta a causa de la mala grabación—, hábleme de su mujer.

—Exmujer —especificó aquel hombre rápidamente. Era muy corpulento, de hombros muy anchos, barba de unos tres días y ojos muy pequeños y oscuros—, Molly es mi exmujer, detective Mervyn.

El aludido no se molestó en corregir el “detective”.

—¿Cuánto hace del divorcio?

Steff Madoc se quedó un buen rato pensando.

—Tres o cuatro años. Cuando el pequeño diablo cumplió los cinco. Mervyn apuntaba algo en su cuaderno, no visible en la grabación.

—¿Se refiere a su hijo Charles?

—David —corrigió automáticamente. Madoc se había pasado cinco años corrigiendo a su esposa cada vez que llamaba Charles al pequeño—. Decidimos llamar al chico David. Era el nombre de mi padre. Pero aquella bruja lo registró como Charles por su cuenta sin consultármelo siquiera.

—¿Entonces... el pequeño diablo es su hijo, cierto?

—Sí. —Se limitó a responder.

—Le voy a preguntar un par de cosas personales, señor Madoc. Permítame recordarle que estamos investigando un asesinato. ¿Puede hablarme de su exmujer y de su hijo, por favor?

—¿Qué quiere saber?

Mervyn resopló en la grabación. Parecía cansado.

—¿Cuánto hace que no ve a su hijo, señor Madoc?

—Pues... Tres o cuatro años. Cuando Molly y yo nos divorciamos. —Negó entonces con la cabeza—. Disculpe, me he equivocado. Le vi una sola vez hará un año o dos. Me los encontré un día. El niño estaba tan insoportable como siempre y su madre igual de estúpida.

—Describame a su hijo, por favor.

Madoc tardó en responder.

—El niño es un demonio. Su madre lo malcría siempre. Así no se educa a un hijo. Es un consentido. Molly es una mala madre. Creo que habría que quitarle el niño. Es muy callado siempre, no habla con casi nadie, no tiene amigos, y cuando te mira con esos ojos tan pequeños, te sientes como si estuviera intentando leerte el pensamiento. Tiene solo siete años y no parece un niño.

—Ocho —le corrigió Mervyn y al instante pensó que no debería haberle interrumpido—. ¿Qué hay de Molly Atkins?

—Ah... —susurró sorprendido—. ¿Ha recuperado su apellido de soltera? —No esperó respuesta—. Molly es una estúpida. No sabe casi ni sumar dos más dos. Su única preocupación es su hijo y ha dejado siempre todo lo demás de lado por él. ¿Por qué cree que nos divorciamos? Ella decidió que tenía que elegir entre el niño y yo porque no le gustaba como lo trataba. Yo no le permitía comer chocolate cuando le daba la gana, le obligaba a tener una hora fija para ir a dormir... Pero Molly no quería presionar al crío y entonces discutíamos siempre. Al final decidió divorciarse y pedir la custodia completa.

—¿Consiguió la custodia completa?

—Si me hubiese negado, no se la hubiesen dado —aseguró apresuradamente Madoc—, pero cuando salí de aquella casa quise olvidar a la estúpida y al demonio para siempre. Así que por mí perfecto que se lo quedase.

—¿Entonces ve a su mujer...? Disculpe —corrigió rápidamente—, exmujer ¿... capaz de enfrentarse físicamente a una persona por el bien de su hijo?

—¿Acusan a Molly del asesinato? —preguntó con voz calmada—. No me sorprendería que fuera ella, si la víctima amenazó o le quitó la piruleta a David. Esa mujer está como una regadera. Cuando el crío empezó la guardería, Molly se quedaba al otro lado de la ventana mirando cómo estaba su hijo en clase e incluso entró varias veces a echarle la bronca a los otros chicos que se metían con él. Los padres y los pro-

fesores se quejaron y tuvo que sacarle de la guardería para no terminar con problemas serios. No duró ni un mes allí. —Hizo una pequeña pausa, luego suspiró—. Realmente como una puñetera regadera.

Mervyn paró el video en aquel momento y volvió su vista hacia Molly Atkins, quien no había dejado de apretar el crucifijo en ningún momento. Sus ojos bajaron lentamente de la pantalla al suelo. Se había encogido todavía más en su asiento, había empalidecido y sus marcadas ojeras parecían ahora dos pozos por donde estaban a punto de caer sus lágrimas.

—Me imagino que todo esto no le sonará a nada nuevo —empezó Mervyn con lentitud.

Ella negó con la cabeza.

—Steff es un hombre muy temperamental. Siempre discutíamos así en casa. No es nada nuevo.

—¿Admite, sin embargo, su obsesión por proteger a su hijo?

La señora Atkins tardó en reaccionar.

—Es mi hijo... Claro que lo protejo. Pero yo no diría que es una obsesión. Él es mi único hijo... Es mi única familia...

Seguía encogida en su asiento.

—Entonces, volviendo a la señora Norton. Ella la amenazó con volver a poner una denuncia, en cuyo caso los servicios sociales se hubiesen llevado a su hijo, dejándola a usted completamente sola. Ante esa amenaza no tuvo más remedio que hacer lo posible para salvar a su familia. Lo hizo porque quería estar con su hijo...

—No... —susurró ella con rapidez—, yo no he matado a nadie.

Mervyn sopesó sus opciones. Estaba presionándola intentando que confesara, pero sabía muy bien que si lo había hecho ella para salvar la familia, ahora no la abandonaría. Cansado del interrogatorio sin resultados, se levantó bruscamente. Ella se estremeció con el sonido agudo que hizo la silla al deslizarse por el suelo.

—Señora Atkins, voy a tener que retenerla esta noche hasta que mis chicos hayan peinado supiso.

Abrió los ojos con espanto.

—Pero... yo no he hecho nada, agente Mervyn...

—Y si dice la verdad, no se preocupe que mañana saldrá de aquí y podrá olvidar el asunto. Pero por el momento es usted sospechosa.

¿Hay algún familiar que pueda encargarse de Charles durante esta noche?

—No. Mi hijo solo me tiene a mí. He de ir a buscarle a la escuela...

—Si no hay nadie que pueda ocuparse de él, se encargarán los servicios sociales.

—¡No! —gritó ella asustada—. ¡No me quiten a mi hijo! Dejen que se quede conmigo esta noche.

—Lamentablemente solo puedo retener a los sospechosos de asesinato, señora Atkins. No se preocupe por su hijo. Estará bien atendido y mañana lo recuperará.

Capítulo 1

Veintiún años después

Sangre.

No es que la visión de la sangre le molestara realmente. No es que Howard Davies fuera su primera víctima mortal y nunca hubiese visto una gran cantidad de ella. De hecho, ver desparramándose la sangre por el suelo, avanzando con lentitud con ese brillo y color tan oscuro y característico, siempre era un espectáculo para él. Algunas veces había reflexionado durante las largas tardes en que esperaba que su víctima saliera del trabajo o de su casa, en uno de esos momentos en que hacía su seguimiento y había llegado a la conclusión que le fascinaba ver sangre, ya que a falta de alma, pues Charles Atkins no creía en almas, la sangre era como la vida misma que se va escapando del cuerpo y lo termina abandonando a su suerte.

No. Realmente no le molestaba ver sangre. Pero le molestaba mancharse. Su técnica para permanecer limpio después de terminar con una vida había ido cambiando durante los diferentes asesinatos, hasta finalmente haberla perfeccionado. Por esa razón, había decidido matar a Howard Davies por asfixia, pues la tarea que le tocaba hacer y que hacía por primera vez, requería que ese día más que nunca fuera necesario protegerse de la sangre.

Sin prisas, pues le gustaba hacer las cosas con calma y con tranquilidad, cogió el maletín que había traído, lo abrió y extrajo un chubasquero que había comprado el día anterior, unas fundas de plástico para los pies que se puso encima de sus zapatos y unos guantes de goma que, una vez puestos, le cubrían prácticamente todo el brazo. No es que fuera a descuartizar el cuerpo, pero toda precaución era poca si después no quería andar por la calle, coger el metro o ir a tomar un buen desayuno con alguna mancha, por pequeña que fuera, que le pudiera delatar. Siempre era mejor prevenir.

Extrajo también un puñal, unas tijeras, varias bolsas de basura y una ficha de ajedrez. Situó todo al lado del cadáver y se puso a trabajar.

Nunca le había gustado torturar a alguien. El momento de matar era el que le gustaba y no otro. De todas formas, nunca lo hacía porque sí, sino que había una finalidad escondida tras cada uno de sus asesinatos. Todo siempre era para un fin. También aquel lo era. Para un fin muy importante.

Cortó la camisa de Howard Davies dejando su pecho al descubierto. Suspirando emocionado por el momento, cogió el puñal y apoyó la punta de este justo donde él creía que estaba el corazón. Siempre lo había estudiado así: pecho izquierdo, ligeramente centrado.

Más o menos daría con él.

Sin pensárselo, hizo un corte en la parte superior del pecho y la sangre empezó a deslizarse por el costado. Con todo, había sido demasiado superficial y lo repasó con fuerza cortando piel, grasa y músculo, hasta que dio con algo duro. Con una mano y la ayuda del puñal apartó la carne que seguía sangrando ligeramente y encontró tres relucientes costillas.

No podía creer que no hubiese llegado a pensar en las dichas costillas aprisionando el corazón. Suspiró ruidosamente enfadado consigo mismo. Apartando con violencia la piel y el músculo, las dejó al descubierto y, cogiendo con fuerza el puñal, intentó cortarlas. Tal vez si hubiese llevado una sierra aquello habría tenido algún sentido, pero pronto se rindió dejando unas simples muescas en ellas.

¡Maldición! Haberlo preparado todo, haberlo dispuesto absolutamente todo, salvo aquello.

Se apartó del cadáver pensando en cómo debía seguir. Las costillas llegaban desde la columna vertebral hasta el esternón situado en el cen-

tro del pecho, por ambos lados, formando la caja torácica. Rodeaban perfectamente el cuerpo, protegiéndolo de todo mal, incluido el que quería infringir él. Pero toda fortaleza tiene puntos débiles y sabiéndose incapaz de romper las costillas con su puñal, empezó a palparlas, descendiendo por el tronco y buscando la última de ellas, encima del abdomen. Hizo una nueva incisión siguiendo la curva de la costilla y separó la obertura con sus manos. Los intestinos, normalmente limitados en un espacio tan pequeño, aprovecharon la obertura para derramarse un poco hacía el exterior.

Atkins, introdujo su mano entre los intestinos que afloraban y la costilla, deslizándola por debajo de la piel y el resto de costillas, desplazándola en dirección al corazón. El tacto era suave y casi agradable: el pulmón era como un cojín resbaladizo que ayudaba en el deslizamiento de su mano por el costado izquierdo del cuerpo hasta alcanzar el corazón.

Cuando por fin lo notó entre sus dedos, sonrió débilmente y tiró de él con fuerza para separarlo de las arterias. No fue difícil. Lo arrastró por el mismo conducto por el que había introducido la mano, extrayéndolo entre las entrañas. Lo observó y alzó complacido. Había triunfado.

Lo puso en una bolsa térmica que había comprado el día anterior en un supermercado y tras cerrarla bien la dejó dentro del maletín que tenía abierto en el suelo. Entonces, cogió la ficha de ajedrez y la puso en su lugar, repitiendo el proceso. Se alegró enormemente de haber pensado en los guantes de goma largos, que ahora estaban manchados.

Finalmente, cogió una bolsa de plástico e introdujo sus guantes, las fundas para los zapatos y su chubasquero. Una vez cerrada, guardó en otra bolsa las tijeras y el puñal, ya que eran reutilizables y los dejó en el maletín al lado del corazón.

Sacó un espejo que utilizó para darse un vistazo minucioso por si se había manchado. Satisfecho de su aspecto, se puso en pie y se alejó sin prisas del cadáver que encontrarían unas horas más tarde, cuando abrieran la fábrica de pinturas donde se encontraba en ese momento.

Se deshizo de los desperdicios en un contenedor cerca de la estación de metro, justo media hora antes de que el camión de la basura pasara a buscarlo. Luego caminó con tranquilidad hacia la estación y esperó el tren. Paró diecisiete paradas más lejos, en el centro, donde se encontraba su hotel. Guardó la bolsa térmica con el corazón en el minibar de

su habitación, colgó el cartel en la puerta para que nadie entrara a limpiar ese día y finalmente bajó al bar. Cogió uno de los periódicos que había en la barra y se sentó a leerlo mientras desayunaba.

Estaba contento consigo mismo. Había conseguido salvar la situación. Sin embargo, no era una forma elegante y fácil de sacar el corazón y decidió prepararse algo mejor para las futuras veces. Tal vez podía buscar información de cómo se hacían las operaciones a corazón abierto. Aquello le podría dar mejores ideas.